

Crítica de cine

"Ema", de Pablo Larraín:

Antiheroína

CHRISTIAN RAMÍREZ

No tengo recuerdos recientes de una protagonista que invierta tanta energía en marcar distancias, en empujar y alejar al espectador como hace Ema, protagonista del largometraje homónimo de Pablo Larraín.

La suya es una labor emprendida a conciencia, ejecutada diálogo por diálogo, escena tras escena; visualizada a través de durísimos primeros planos y sofisticados movimientos de cámara, en los que tanto el realizador como su actriz principal (Mariana di Girolamo) establecen un abierto pacto contra quien cuestione los avatares de esta veinteañera, bailarina de danza moderna e integrante de una *troupe* de reguetón callejero en Valparaíso, y que parte el filme admitiendo algo tremendo: acaba de devolver al Sename al hijo que adoptó junto a su marido coreógrafo (Gael García Bernal), después de que el chico intentara destruir la casa y hasta se permite, en ciertas ocasiones, una doble decoración. El individual dinamismo de la obra anterior de Mandiola adquiere ahora la movilidad de un torbellino de letras y números puramente superficial. Da la impresión de que la artista se dejó llevar por esa demoledora dupla del facilismo y del abigarramiento formal.

Tres esculturas en formato mediano se agregan a los cuadros expuestos. Mantienen, sin ir más allá, una raigambre cubista, lo cual les comunica un aire anticuado. Sin embargo, quizá pudieran ellas indicar un primer paso hacia la renovación a través de las tres dimensiones; en este intento pareciera reflejarse la voluntad, probablemente inconsciente, de invadir los enmarcados de sus cuadros. Ximena Velasco muestra en Galería La Sala doce recientes acrílicos sobre papel, junto a un gran dibujo sin color de factura impecable y trazado sobre el muro de la galería. Casi la totalidad de estas pinturas representa una imagen central, circundada por el blanco del soporte. Se trata de abstracciones, donde el modelo cubista y la geometría desarrollan formas de mórbida connotación ya visceral, ya vegetal.



FABULA

oficia de coguionista) y hasta la banda sonora, naufragan en medio de viñetas, de esqueletos de escenas que brillan y luego se deshacen antes de conseguir integrarse al todo.

Larraín había intentado algo similar, pero con resultados mucho más inspirados, en "Jackie" (2016), su cinta acerca del duelo vivido por Jacqueline Kennedy tras el asesinato de JFK y que se desenvolvía en clave de poema sinfónico donde los numerosos elementos biográficos iban superponiéndose sin esfuerzo, casi como motivos musicales. Es posible que esa dirección —un camino totalmente nuevo y apasionante para el cineasta— sea lo que "Ema" apuesta por profundizar; pero llama la atención que, en una obra donde la dimensión sonora se supone central, las secuencias musicales (que incluyen una fascinante pieza ejecutada por chincheros, al interior de una bodega del Muelle Barón) vayan quedando paulatinamente relegadas y escondidas al interior del complot/rebelión emprendido por Ema, para acabar insólitamente encajonadas hacia el final en un montaje de *street dance* editado con estética de videoclip. ¿No debería haber sido al revés? ¿No se suponía Ema y su banda —sus rostros y sus cuerpos, su discurso y su anarquía— se plantarían al centro de la pantalla para devorarse al mundo, nos gustara o no?

En último término, la contradicción que devora a la película va más allá de apoyar o rechazar la cruzada de su antiheroína: la cámara que la sigue nunca acaba por decidirse y enfrentar su humanidad al completo. Sin concesiones. No basta con filmar a Ema de cerca, pero —al mismo tiempo— mantenerla lejos.



CRÍTICA DE ARTE

MIRADAS DESDE EL BARRO

WALDEMAR SOMMER

La cabeza de varón que protagoniza las pinturas de Benjamín Lira, y que pareciera identificarse con el autorretrato, se torna arquetípica en tres dimensiones. Su calidad escultórica ha sido suficientemente probada. Dentro de sus atributos resultan capitales las huellas profundas de la cerámica, provocadas por la cocción a muy altas temperaturas. De ese modo, esas hondas imperfecciones de las superficies son convertidas en alteraciones cutáneas, en cicatrices que exteriorizarían ciertos angustiosos procesos anímicos. Es decir, resultan capaces de expresar los infaltables cambios físicos y, sobre todo, psicológicos, sufridos por el hombre a lo largo de su vida. Por su parte, la condición de vasijas de estos volúmenes con sus interiores a la vista remite a la alfarería histórica, contribuyendo a otorgarles una identidad característica. Asimismo, el autor al presentarlas agrupadas en la sala grande de Galería Patricia Ready, les añade un efecto global especialísimo. De ese modo, cuando el visitante entra y las enfrenta solitario en medio de ellas, acaso puede experimentar la sensación de hallarse en pleno templo pagano, donde el dios le ofrece, condescendiente, sus mil caras. O sea, pareciendo que nos mirara. Así clava su vista con intensidad sobre nosotros. Y lo hace a través de gestos diferentes, como diciéndonos: "Me fijo en ti desde la inmensa majestad de mi ensimismamiento".

Son, pues, catorce rostros semejantes, facturados entre 2013 y el presente año. No obstante, mucho más importante que su disposición en ángulos de visión distintos, es la variedad de abertura de sus

ojos. Encontramos desde los apenas entreabiertos hasta los menos frecuentes de un mirar más habitual, más sereno y desenterrando cualquier dejo de asombro. Igual importancia ostentan las grietas faciales, siempre sujetas a un armonioso ritmo casi de connotación gráfica. Ambos atributos otorgan un protagonismo único a cada escultura. Además, esas características capitales se hallan subrayadas por sus respectivas coloraciones, ya claras u oscuras, tanto brillantes como opacas. Revelan ellas el refinamiento propio del Lira pintor. Por otra parte, algunos de los cráneos abiertos ofrecen dentro un color que contrasta con el de la superficie externa. Un elemento anatómico que nunca falta en estas cabezas son las orejas, entregadas en todo momento de manera realista y, quizá, ingrediente que comunica estabilidad representativa al conjunto. Hasta las mantiene ese magnífico volumen de cromatismo natural que porta sin inconveniente una especie de cresta sobre la nuca, y que constituye acá el participante más próximo a la abstracción.

Finalmente, cinco cabezas también de amplias dimensiones se ubican en el pasillo exterior que remata la gran sala. En relación con el particular efecto anímico que produce el inquietante grupo del interior, a este quinteto podríamos asignarle el rol de montar guardia, inmutable, justo afuera del templo. Once amplias pinturas nos propone Ximena Mandiola en la Sala Gráfica de la mis-

ma galería de Vitacura. Sus típicas aglomeraciones como mosaicos de tipográficas unidades triangulares pierden esta vez vigor estructural, ablandándose bajo el imperio de un verdadero derroche multicolor. Su desborde llega a cubrir la totalidad del marco y hasta se permite, en ciertas ocasiones, una doble decoración. El individual dinamismo de la obra anterior de Mandiola adquiere ahora la movilidad de un torbellino de letras y números puramente superficial. Da la impresión de que la artista se dejó llevar por esa demoledora dupla del facilismo y del abigarramiento formal.

CABEZAS DE BENJAMÍN LIRA

Las muchas miradas de un autorretrato o, acaso, de un dios ensimismado Mayéutica El rol actual de la tipografía y del color en la pintura de Ximena Mandiola
Lugar: Galería Patricia Ready
Fecha: hasta el 5 de octubre

LA NATURALEZA DE LAS COSAS

Ximena Velasco y sus abstracciones entre lo visceral y lo vegetal
Lugar: Galería La Sala
Fecha: hasta el 11 de octubre

gran dibujo sin color de factura impecable y trazado sobre el muro de la galería. Casi la totalidad de estas pinturas representa una imagen central, circundada por el blanco del soporte. Se trata de abstracciones, donde el modelo cubista y la geometría desarrollan formas de mórbida connotación ya visceral, ya vegetal.

Diez genios del siglo XX

LUIS MARÍA ANSON,
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
El mundo / derechos exclusivos

Después de meditarlo mucho he contestado a una bien construida encuesta internacional sobre los diez genios del siglo XX por especialidades.

FILOSOFÍA

He elegido a Martin Heidegger. Ser y tiempo ha influido decisivamente en el más alto pensamiento del siglo XX. Introducción a la Metafísica permite estudiar a fondo la ciencia del ser en cuanto a tal ser sin reducirlo a una esfera particular de entes. La ontología de Heidegger es un monumento al pensamiento profundo. Bergson, Ortega y Gasset, Husserl, Sartre, Wittgenstein, incluso mi admirado Alexis Kagame, se mueven en la cumbre, pero ninguno de ellos supera a Heidegger.

CIENCIA

Albert Einstein. Su teoría de la relatividad conforma toda la ciencia moderna y sus asombrosos hallazgos, incluso los que conciernen a las atrocidades militares. Son muchos los grandes científicos que vertebran el siglo XX, pero tras la lectura de los ensayos de Sánchez Ron, no queda lugar a dudas: Einstein encabeza la ciencia de la pasada centuria.

ARTES PLÁSTICAS

Pablo Picasso. Tuve la suerte de conocerle. Estuve con él en dos ocasiones. Mantengo viva la impresión que me causó. Era el genio sin fisuras. Adorado, combatido, elogiado, insultado, Picasso se alza sobre el centenar de artistas plásticos que zarandean el siglo XX. He votado por él, al margen de cualquier chovinismo.

POLÍTICA

Sin la menor duda: Winston Churchill. Su lucidez, su valor, su energía, libraron al mundo de la amenaza nazi. Gran periodista, sus memorias merecieron el Premio Nobel de Literatura. Mao Tse-tung, Eisenhower, Kennedy, Adenauer, De Gaulle, Lenin, Gandhi no alcanzan la talla política de Churchill.

MÚSICA

Difícil elección. Me he inclinado por Igor Stravinski, al que entrevisté para la revista *Aria* y guardo memoria personal de él. La consagración de la primera fue para la música del siglo XX lo que la obra de Picasso para la pintura.

ARQUITECTURA

Sobre Le Corbusier, Gropius, Van der Rohe... he contestado a la encuesta con un español: Antonio Gaudí. En el siglo XX se han construido edificios asombrosos. Ninguno conjuga el aliento artístico, la inspiración espiritual, la armonía de volúmenes, el resplandor de la belleza, la certera estructura, como la Sagrada Familia.



Columna

POESÍA

Lo tengo claro: Pablo Neruda.

NOVELA

Tarea casi imposible elegir entre tantos novelistas geniales. Repasé los nombres de autores estadounidenses, iberoamericanos, chinos, japoneses, rusos, alemanes, italianos, ingleses, españoles, portugueses, griegos... y al final voté en favor de Marcel Proust. En busca del tiempo perdido me parece una novela insuperable.

CINE

He dudado. Disney me asombró siempre y hay directores, actrices y actores incommensurables. Pero he votado por Chaplin. Tuve ocasión de almorzar un día con él en Lausana, en casa de la Reina Victoria, y no me decepcionó. Al contrario. Es el primer nombre del séptimo arte en el siglo XX. Un prodigio de profundidad expresiva en cada imagen y el aliento permanente del progresismo real. Chaplin estuvo siempre a favor del débil y en contra del fuerte; a favor del pobre y en contra del rico; a favor del negro y en contra del blanco; a favor de la mujer y en contra de la violencia del hombre.

TEATRO

Hubiera votado a diez autores. La calidad del teatro en el siglo XX me parece abrumadora. Me decidí por Tennessee Williams porque penetró hasta el fondo en el alma humana y manejó como nadie la arquitectura teatral.

Por cierto, cuando esta misma encuesta se haga sobre el siglo XXI, la mitad de los nombres serán de mujeres.